

El Camino de las Sombras

Carlos Manuel Blanco

Image not found.

Capítulo 1

Citas

Si has de luchar contra monstruos, evita convertirte en uno. Cuando miras mucho tiempo el fondo de un abismo, el abismo mira a través de ti.

Nietzsche

El horror y la fatalidad han estado al acecho en todas las edades. ¿Para qué, entonces, atribuir una fecha a la historia que he de contar?

Edgar Allan Poe, Metzgerstein

¿Tienes idea de a cuántas personas insignificantes he matado? (...) A drogadictos. A borrachos. ¿Nunca has odiado a esa gente (...) a todos esos que sabes que no valen nada, esos que nunca llegarán a ninguna parte, que nunca harán nada bueno, que nunca aportarán nada? ¿Te has planteado alguna vez que quizá tú seas uno de ellos? Yo les demostré lo poco que valían (...) Les demostré lo poco que importaban.

John Connolly, Todo lo que Muere

Me he convertido en la Muerte, destructora de mundos.

Cita del Mahabarata, dicha en su momento por Openheimer

Capítulo 2

Una Noche en Hamburgo

El monstruo avanza a toda velocidad y mientras yo trato de seguirle el paso. Avanza silencioso por Sankt Pauli, muy silencioso a pesar de sus nervios que lo hacen actuar por impulso. Está desesperado, no asustado realmente, pero si está desesperado, muy, muy desesperado. No sabe que le sigo, varias veces me he temido que no, pero ahora puedo ver que no está atento a mi presencia y prefiero que permanezca así. Será más fácil actuar si lo tomo por sorpresa.

Es una noche nublada y pronto comienza a llover, grandes gotas de agua caen como piedras sobre mi cabeza y me empapan la ropa. Me subo el cuello del abrigo y continúo mi persecución, no voy a detener mi marcha con la lluvia, y él tampoco lo hará, está tan desesperado que no puede. Sankt Pauli está rebosante de luz a pesar de ser medianoche, carteles de brillante neón muestran el camino hacia burdeles y locales donde se exhibe la lujuria y la sordidez. Aquello poco me interesa, el que me interesa es el monstruo, ignoro las invitaciones e insinuaciones de una joven haciendo la calle y sigo mi camino.

El monstruo se voltea, finjo voltear hacia una esquina. Los cuellos del abrigo siguen subidos, así que espero con eso despistarlo. Funciona, el monstruo sigue su camino. Espero que avance un poco más hasta estar más lejos y vuelvo a seguirlo. El monstruo gira en una esquina, una que da al paseo Reeperbahn. Apuro el paso hasta llegar hasta la esquina y de ahí entro al Reeperbahn. El monstruo no está a la vista.

Giro hacia un lado, giro hacia el otro. El monstruo no se encuentra en ningún lado, comienzo a avanzar, con los pies casi al ras del suelo para no hacer sonar los tacones. Sigo buscando al monstruo con la vista hasta que finalmente lo veo. Está avanzando silencioso en pos de alguien, va muy rápido, ya que teme que la víctima se le escape (o puede que efectivamente escapara, aunque me parece poco probable).

De repente él pareció abalanzarse sobre algo, como un tigre se abalanza sobre su presa. Escucho un grito ahogado que proviene de más adelante. Acorto la distancia y lo veo, bajo una lámpara titilante. El monstruo está tendido sobre una mujer, una jovencita vestida apenas con un top rosado y unos pantaloncillos demasiado cortos. Habían dos zapatos de tacón en el suelo, detrás de ellos, de seguro se habían salido en el momento en el que él le saltó encima.

La chica gimotea, forcejea y patalea, buscando librarse del peso que la retiene en el suelo. Intento aproximarme en silencio. Cada vez la chica pelea menos, deja de patalear y de forcejear con el monstruo, aunque sus

gimoteos se convierten en un desgarrador grito ahogado por la mano de su agresor. Ella clama, pide por ayuda, pero para cuando logro aproximarme ya es tarde. Ella deja de moverse.

El monstruo se levanta, gira sobre sus talones y me mira a los ojos. Sonríe, su sonrisa es cruel, depravada. Sus ojos no revelan mayor emoción, estaban terriblemente vacíos. Comienza a reír, con una voz hueca y a la vez triunfal, está seguro de haberme vencido. Miro hacia la chica, estaba tendida en el suelo, mientras la lluvia caía sobre su infantil rostro. Era una niña hermosa, eso era lo triste. Esta allí, con los ojos cerrados mientras la lluvia cae a cántaros sobre ella, como si estuviese dormida plácidamente, sin que importara la lluvia que caía sobre ella. Pero no está dormida, está muerta, y aunque no tenía un daño visible, había tenido la muerte más terrible y aterradora que jamás alguien pudo tener: que su alma fuera sorbida de manera lenta e inexplicable.

Levanto la vista hacia el monstruo. El maldito sigue riendo, como si él fuese el triunfador de la noche. Lo cierto es que no logré frenarlo antes de que matase a la chica, pero eso no significa que va a salir limpio de lo que hizo. Había estado viéndolo, había registrado y revisado el paseo Reeperbahn de cabo a rabo, registré en mis recuerdos todo lo que pudiera serme útil sobre el barrio de Sankt Pauli, me había tomado un buen tiempo para poder encontrarlo y me había grabado sus rutas usuales. Pero sobre todo, sabía cómo iba a actuar el monstruo, donde actuaría una vez que tuviera hambre.

Yo sabía cómo iba a actuar el monstruo, muy a mi pesar lo sabía. Porque yo mismo soy como él, soy un monstruo de su misma estirpe.

Él se me abalanza, con una gran rapidez que espera tomarme por sorpresa. Reduzco la altura de mi cuerpo y espero a que llegue, antes de lanzarle un puñetazo. Le da de lleno en la cara y le hace retroceder, intento tomarlo del cuello. Logra girar hacia un lado y me toma del cabello, antes de darme cuenta me está estrellando contra un muro. Me quedo un momento en el suelo, tratando de recuperarme de la conmoción, de repente un fuerte golpe en las costillas me deja sin aire. Ahora encima tengo que luchar para respirar.

El monstruo me toma de las solapas del abrigo y me tira hacia el suelo, ruedo y caigo sobre mi espalda, quedando boca arriba ante las pesadas gotas de lluvia. Él se acerca, levanta la pierna sobre mis ojos, piensa aplastarme la cabeza con la suela de su zapato. Ya había recuperado el norte, giro sobre mí mismo, esquivando el letal golpe, y me pongo de pie con el mismo movimiento. Ahora soy yo el que se abalanza antes que intente reaccionar.

Le doy primero un golpe en las costillas, luego le descargo un rodillazo en el abdomen. El monstruo trata de abrazarme, de quitarme el balance. Le

agarro la muñeca de su mano derecha, le doblo el brazo sobre la espalda y me coloco tras él. Ahora soy yo el que lo empuja hacia una pared con un gran impulso, su cabeza se estrella ruidosamente, una mancha de sangre queda marcada en el lugar de impacto. El monstruo cae boca arriba, con las rodillas dobladas, la cara se le comienza a llenar de sangre.

Me siento a horcajadas encima de él y le sujeto el rostro con la diestra, antes de que él pudiera reponerse del golpe. Él intenta apartar mi mano, lo tomo de la muñeca con la mano zurda y someto su brazo contra el suelo, la otra mano, que estaba hacia abajo, la retuve usando la rodilla. Ahora es él quien forcejea y gimotea, lo hace porque sabe lo que le está esperando, sabe lo que vendrá a continuación. De repente lo comienzo a sentir, una energía, una vibración que parece pasar a través de mi cuerpo y lo revitaliza. Una descarga que parece transmitirse desde su rostro hacia mi mano, y de ahí a todo el resto de mi cuerpo.

Los comienzo a ver. Recuerdos y sensaciones, miedos, tristezas y alegrías, pasiones, deseos, dolores. Imágenes que revolotean en los rincones más oscuros de una mente que los olvida, porque no son sus recuerdos, son recuerdos de personas que sólo tuvieron la mala suerte de encontrarse con el monstruo antes de morir. Apenas vislumbro algunas de las imágenes y puedo darles orden. Veo a una niña risueña, corriendo a lo largo de un largo paseo a orillas del Elba, antes de encontrarse con su madre besando a un hombre que no es su padre. Veo a una mujer joven, al lado de una cama, tomándole la mano a un niño que ya tiene un pie sobre la tumba. Veo a un hombre que es sacado del río, gimiendo de dolor y con un muñón sanguinolento donde debía haber una pierna.

Imágenes que aparecían entre las miles que revoloteaban en mi cabeza, y que yo había podido reconocer. Un hombre solitario que se había dado a la bebida, después de perderlo todo (su trabajo, su familia y su pierna) tras un accidente de trabajo en el Elba; una mujer que vivía en una pensión haciendo arreglos florales, tratando de olvidar al fantasma de su hijo muerto; una muchacha corriente que, ante la desintegración del matrimonio de sus padres, se salió del camino y comenzó a hacer la calle sin preocuparse del daño que le podría hacer. Eran las tres últimas víctimas del monstruo, yo lo sé.

Y a medida que voy viendo los recuerdos de sus víctimas, de sus muchas víctimas (porque parecía llevar mucho, muchísimo tiempo haciendo esto) más odio a este maldito. Ya comienzo a tener ganas de que su vida se termine de sorber, miles de vidas inocentes siguen revoloteando en mi cabeza, personas normales que no tenían derecho a que les quitaran la vida, de que las atesoraran y las conservaran como un científico coleccionaría tarros de órganos o cerebros. No tenía ningún derecho, ninguno.

Ya estoy llegando a las últimas, sé que todas las demás eran una pantalla, un escudo que impedía llegar a la última, a la que me interesa. Pero ese escudo se estaba agrietando y se iba rompiendo grieta a grieta. No voy a tardar mucho, sólo un poco más y llegaré hasta el núcleo. Hasta el alma misma del monstruo.

Entonces lo veo, una vida, un recuerdo, una historia oculta en lo más profundo del monstruo. Veo a un niño, en el interior de una casa tradicional de Colonia, una chimenea está encendida en un rincón, a espaldas de él la puerta está completamente abierta. El niño está mirando con los ojos desorbitados hacia el centro de la sala, hay una mesa volteada, el mantel, una cesta y varias hogazas de pan están regadas por el suelo.

Más allá, unos ojos vacíos le devuelven la mirada. Una mujer, que debió de ser hermosa, pero que tiene su rostro lleno de sangre y una enorme raja, de la que mana un chorro de sangre oscura que le chorrea hasta sus senos desnudos y baja hasta el suelo. Él sabe quién es ella, es mamá. De pie, ante ella, otro monstruo se voltea y mira hacia el niño.

Este monstruo es horrible, su rostro, bañado en sangre, sonrío de manera cruel y salvaje, sus ojos están terriblemente vacíos, carentes de emoción, de arrepentimiento, de culpa, de empatía. Él es malvado, es un monstruo en toda la regla. Él mató a mamá, y ahora se le estaba acercando.

El niño se queda en su sitio, inmóvil, sin ser capaz de moverse. Está petrificado, quiere correr, pero no puede. El monstruo lo sabe, lo rodea con el brazo, como si fuese su hijo y lo hace girar. El niño está aterrado, pero deja que el monstruo se lo lleve de la casa, lejos del infierno que acaba de dejar atrás, lejos del cadáver de mamá... lejos de la obra del monstruo que después lo convertiría en uno.

Finalmente me deshago de la imagen, la meto en lo más recóndito de mi cabeza y me levanto del suelo. El monstruo se encuentra en el suelo, con los ojos cerrados en una expresión incómoda, como si estuviese teniendo un mal sueño. Pero él no se mueve, él no duerme. Está muerto.

Porque, por más que la culpa no fuese del todo suya, no tenía derecho. Su pasado no lo eximía de lo que había hecho. Él no tenía derecho a quitarle las vidas a otras personas, ningún derecho. Y yo tampoco tenía derecho a quitarle la de él, la de él y la de miles que vinieron después de él, o de otros monstruos que también habían quitado otro montón de vidas. Ninguno tenía derecho de hacer lo que hicieron, y yo tampoco.

Yo también soy un monstruo. Lo único que hacía era acabar con otros monstruos.

Escucho ruidos que vienen de cerca, son sirenas. Seguramente alguien escuchó la pelea y vienen a ver qué demonios ha pasado. Tengo que irme de aquí. Me pongo de pie, dejando el cadáver del monstruo y de la chica detrás mientras me voy corriendo hacia el lado opuesto. Cruzo en una esquina y luego comienzo a caminar como cualquier transeúnte. Me pongo las gafas oscuras, para que así no puedan ver mis ojos.

Giro en otra esquina. Los veo a ellos, con sus uniformes azules cubiertos con chalecos amarillos y negros, en sus espaldas se lee "POLIZEI" con letras mayúsculas. Son la Policía de Hamburgo, parece que llegaron rápido, tal vez andaban cerca. Pero no importa, ellos no saben lo que ha pasado y probablemente no lo sepan pronto, porque lo que acaba de ocurrir es algo que ellos no pueden explicar. Lo sé demasiado bien.

Giro en una esquina y salgo del Reeperbahn, continuando mi camino hasta salir de Sankt Pauli. Ya he hecho lo que debía, ahora necesito desaparecer.

Capítulo 3

Primera parte:

Simone

¿Y yo quién soy, que en mi delirio anhelo

Alzar mi voz para ensalzar tus galas?

iUn gusano que anhela ir hasta el cielo!

iQue pretende volar sin tener alas!

Delmira Agustini

París, Francia. Desde el 7 al 12 de Abril del 2008